

CAPÍTULO 14

Discusiones

Los comedores del barco se habían quedado pequeños para albergar prácticamente a todos los tripulantes. Allí esperaban a Wolf y al capitán, que les iban a informar de las conclusiones a las que habían llegado después de toda la noche en contacto directo con Alemania, de la situación real de los motores, de las posibilidades de retroceder y de la decisión que se había tomado. Joan, antes de que se confirmara nada, había tirado la toalla. No había pegado ojo en toda la noche. Se encontraba hundido, vencido, derrotado. Unas ojeras le colgaban de los ojos hasta el cuello, arrastrando en su caída unos labios con expresión de tristeza absoluta, como los pucheros de un niño. Nunca en su vida la realidad había superado a su hipocondríaca imaginación. Siempre una sensación de alivio inconfesable había recorrido su cuerpo al saber que la fiebre de una noche no era más que eso, un resfriado mal curado, nada de cáncer; o que la ola de calor de aquel verano no iba a superar los 40 grados y no generaría ninguna de las catástrofes para las que se había preparado; o que la primera guerra del Golfo no iba a provocar hambrunas ni racionamientos en España... Esta vez, sin embargo, sus peores augurios se estaban cumpliendo al pie de la letra. Todo había empezado como una avería que su imaginación convirtió en un desastre irreparable que iba a poner en peligro sus vidas durante una larga temporada de aislamiento. Ahora, aterrorizado, veía que sus fantasías eran algo así como una profecía y temía pensar en qué más podía ocurrir, por si, de nuevo, sucedía. De momento, sólo podía estar seguro de que el barco no se movía: estaba encallado en la placa de hielo y la temperatura seguía bajando.

-Señores, por favor, silencio -el capitán y Wolf entraron en el comedor con semblantes serios. La sala quedó totalmente en silencio, a la expectativa. Sólo se oyó el ruido de las sillas reservadas para los dos jefes mientras éstos tomaban asiento sin querer mirar a nadie a la cara y sintiéndose observados ávidamente por todos. Se palpaba un ambiente tenso, de preocupación e incluso de miedo.

-Estamos atrapados en el hielo, ésa es la pura verdad -el capitán no se anduvo por las ramas. Quería que no hubiera dudas acerca de la perspectiva desde la cual había que afrontar el problema. Un murmullo rompió el intranquilo silencio de la sala y, tras mirar a

Wolf a la cara, siguió hablando-. Dos motores han estallado por causas desconocidas y no podemos avanzar. Como ustedes saben, este buque rompehielos tiene cuatro motores y necesita por lo menos tres para partir placas de entre 70 y 100 centímetros, que son las que actualmente nos rodean. De hecho, hemos calculado que el grosor del hielo ya puede superar el metro en algunos casos. El barco no puede avanzar ni retroceder.

Fuller hizo una pausa. Él estaba tan nervioso como el resto de la tripulación y quería sopesar la reacción de la gente ante la confirmación de lo que, en realidad, todos se temían. Volvió a escuchar el murmullo de minutos antes y continuó su charla con un mensaje, al menos, esperanzador:

-El barco está preparado para estas vicisitudes y tenemos combustible y víveres de sobras para estar aquí un año entero, si hiciera falta.

-¿Qué? ¡Un año, Dios mío! -Joan se levantó de su asiento-. Eso es absurdo, las aguas volverán a descongelarse antes, ¿no?

-Por supuesto que sí -Wolf tranquilizó al zooplanctólogo-. Como mucho nos quedaremos tres meses.

Joan volvió a sentarse mientras muchos de los demás se levantaban indignados y protestaban ante Wolf y el capitán, como si ellos fueran los culpables de la situación.

En un rincón, Elin lloraba desconsolada. Toda su voluptuosidad, toda su exuberancia, todo su poderío físico y social quedaban empequeñecidos bajo la angustia que sentía y que la carcomía. Creía que su aventura amorosa con el capitán había sido la causa del accidente. Desde que se supo que habían estallado los motores, Fuller, su *Fully*, le había retirado el saludo e incluso la mirada. La había evitado sin el menor disimulo y se había negado a darle ninguna explicación. Pero Elin no podía imaginar que el jefe supremo del barco considerara aquella sexual, la más importante para ella, parte del chantaje orquestado por Huty y los suyos. Fabrizio, Guillem, uno de los marineros y María José no tardaron en sentarse junto a ella para consolarla. Los tres amantes de la sueca y la científica española, que no podía ver a alguien triste sin arrimarle su hombro y sin enterarse de todo lo que le pasaba o le podría pasar, se llevaron a Elin a tomar un café y a que se desahogara.

-¿Y otro rompehielos? ¿Por qué no acude en nuestra ayuda otro rompehielos? - Martin seguía insistiendo. No comprendía que no se rescatara a los tripulantes de un barco

en plena Antártida simplemente porque tenían la garantía de que no iban a morir de hambre.

-Tardaría más de un mes en llegar hasta aquí a toda máquina- le explicó Wolf, rodeado por una docena de científicos indignados, preocupados, desmoralizados e incrédulos.

-No puede ser. En pleno siglo XXI... -Marc pensaba en voz alta, como solía hacer en estos casos.

-Es una vergüenza -dijo Wolf-, pero no os hagáis ilusiones. Es probable que un rompehielos ruso acuda a por nosotros, ya se está gestionando la travesía, pero está en Siberia y llegar hasta aquí implica lo que os estamos diciendo: por lo menos un mes de navegación...

-¡Pues eso no son tres meses! -interrumpió Lothar, sin dejar terminar su explicación a Wolf.

-Pues resulta que, como mínimo, sí serán dos meses -le respondió Wolf, alzando el tono de voz-. Porque resulta que antes de que se pongan en camino tendrán que organizarse, llegar a puerto, repostar... Y resulta también que no vendrán forzando los motores. Y resulta que aquí será de noche durante las 24 horas del día, y resulta que eso ralentizará la marcha del buque...

Los demás acabaron asintiendo cabizbajos. Asumían que, fuese una vergüenza o no, les esperaba una larga temporada de aislamiento forzado. Un aislamiento que podría alterar los nervios entre los distintos grupos y entre los propios compañeros de trabajo.

-Evidentemente, las misiones que no requieran pesca de arrastre podrán seguirse llevando a cabo -dijo Huty, con una voz potente, seguro de sí mismo. No era una pregunta, era una afirmación-. Les anuncio que mi equipo realizará una serie de experimentos dentro de pocos días.

-¡Pero usted qué se ha creído, Huty! -le gritó Marc-. Estamos hablando de pasar en este puto barco no sabemos cuántísimo tiempo y usted nos viene, ahora, con que seguirán realizando sus tareas... ¡Pues me alegro! Espero que le cundan, cuando las empiece, porque hasta ahora me parece que han hecho poca cosa.

-Por favor, no se altere -Hutty se mostró más comprensivo que nunca. Sólo le faltaba sonreír-. Me refiero a que debemos intentar hacer la vida a bordo lo más normal posible y, para eso, deberemos tratar de seguir trabajando.

-Tiene razón, Marc -dijo Wolf-. Lo mejor será aprovechar el tiempo en todos los aspectos, y uno de ellos será el científico.

-Que no, Wolf, no lo defiendas -Marc se había levantado y ya había alcanzado la puerta-. Si te parece lógico empezar a trabajar ahora, me alegro también por ti. Yo no pienso sacar ni una sola muestra más.

El portazo que dio Marc dejó la sala en silencio durante unos segundos. Hutty volvió a hablar, paseándose entre los demás, como el abogado de la defensa en un juzgado:

-Esto es precisamente lo que debemos evitar a toda costa -dijo, solemne-. Desquiciarnos por pequeñas cosas.

-Sea como fuere -intervino Wolf, casi cortando el discurso de Hutty, a quien la gente no miraba con mucha simpatía-, habrá que pasar una buena temporada en armonía. Sé que ninguno de nosotros está psicológicamente preparado, pero tenemos una suerte: el barco es grande, nos permite desconectar dentro de lo posible unos de otros y tiene muchas comodidades.

Antes de que Wolf se diera cuenta de lo infantil que sonaba todo lo que estaba diciendo, se oyeron los primeros comentarios:

-¡Es un hotel, no te jode! -gritó uno de los científicos alemanes.

-¡"Vacaciones en el mar", ¿no? -no tardó en matizar Weber-. ¿No era aquel "El barco del amor"? Capitán Fuller, debería usted raparse la cabeza para parecerse al capitán Stuving.

-Weber, por favor: cálese un rato -el capitán no estaba para bromas y se dispuso a explicar el plan de emergencia que había elaborado durante toda la noche junto con los jefes de cada grupo de investigadores-. Lo primero que tendremos que respetar son las libertades. Se podrá salir al exterior siempre y cuando se vaya acompañado... Por supuesto, me estoy refiriendo a la cubierta del barco, no al hielo -sus cejas se arquearon significativamente, como dejando claro que estaba terminantemente prohibido saltar a la placa de hielo, por muy espesa que estuviera-. El horario de las comidas se ampliará, puesto que es comprensible que nos entretengamos más en el comedor. Piscina y gimnasio

permanecerán abiertos las 24 horas del día y con agua corriente. Hay combustible de sobras para mantener el sistema de calefacción.

Todos se habían quedado atónitos ante las recomendaciones del capitán. A alguno sólo le faltaba tomar apuntes.

-Restricciones -siguió diciendo Fuller, poniendo su semblante todavía más serio-. No se podrá gritar ni correr a no ser que haya una emergencia. Procuraremos no reunirnos en grupos muy numerosos, como estamos haciendo ahora mismo...

-Capitán, perdone que interrumpa... -Fabrizio, apoyado en el quicio de la puerta, hablaba tranquilo, con un cigarrillo colgándole de los labios-. No quiero montar un barullo ni nada por el estilo. Entiendo perfectamente las recomendaciones, pero alguna me parece un poco absurda.

-¡Ridícula, más bien! -Martin intervino antes de que Fabrizio pudiera razonar su comentario con el debido respeto. El intento del italiano por recuperar la palabra fue en vano, porque a la queja de Martin siguieron las de muchos más, empezando por Weber y terminando por el mismísimo Lothar, que no acababa de ver claro cómo iban a pasar tanto tiempo enlatados en el barco.

De nuevo la voz de Hutty impuso orden.

-¡Basta ya de gilipolleces! -gritó- Ustedes no tienen ni puta idea de lo que significa vivir aislados. Y menos en un lugar en el que no hay salida alguna. El capitán ha escrito unas reglas que se nos pasarán por escrito a todos y, nos guste o no, tendremos que acatarlas. ¡No hay más discusión!

Tomás estaba sentado al lado de Wolf y se quedó mirando a Hutty tan desconcertado como el propio jefe de campaña, el capitán del barco o el resto de tripulantes. Se entretuvo un buen rato mirando a ese hombre que, una vez más, volvía a sorprenderlo. En la reunión entre los delegados de cada grupo había aportado más ideas que nadie a la lista de restricciones y obligaciones. Y también había sido el que más calma había demostrado. Tanta como si estuviese acostumbrado a situaciones extremas o... como si no le sorprendiese lo que había pasado.